

Espada damasco

*La conquista de Toledo y el orgullo de su pueblo*



**Stefano Ventura**

**ESPADA DAMASCO**

*La conquista de Toledo y el orgullo de su pueblo*

*Novela*

*Traducción de Romina Termite*

BOOK  
**SPRINT**  
EDIZIONI

[www.booksprintedizioni.it](http://www.booksprintedizioni.it)

Copyright © 2017  
**Stefano Ventura**  
Todos los Derechos Reservados

# 1

Las gotas filtraban incesantes dentro de la cueva, creando sonidos cristalinos. Susurros retumbaban en muchos tonos diferentes, silenciados o amplificadas, creando una especie de concierto natural, nunca el mismo y siempre nuevamente orquestado.

Ahora cayendo en un charco de reciente creación, con un tintineo agudo, ahora saltando a otra más grande con un sonido más profundo, produciendo círculos concéntricos. Chocaban contra las estalagmitas pillándose en mil goteas, para resbalar sonoras en las grietas del suelo. Descendían tranquilas a lo largo de las paredes húmedas de musgos empapados del humor de la naturaleza, donde florecían diminutas flores blancas.

Por sí solos, no despertaban ninguna sorpresa, pero en su multitud creaban agrupaciones de diversas formas, dando la luz a la cueva en sí.

Riachuelos se cruzaban entre ellos, para unirse a través de cascadas en un solo curso. Pececillos plateados estaban participando también a la melodía de la cueva. Ellos parpadeaban de temblorosas piscinas esmeraldas pillándose en busca de alimento. Ellos, a su vez, daban alimentos a los pájaros blancos elegantes con picos largos, metódicamente les hundían para el almuerzo todos los días. Su ojo vigilante estuvo marcado por un

contorno negro, casi como acabara de salir de la fantasía de un pintor hábil. Por encima de la cabeza sobresalía una gran cresta de color turquesa que subía y bajaba con el ritmo lento del animal con patas largas y delgadas. Desde el cuerpo, completamente blanco, se destacaban las hermosas alas plateadas.

Rayos de sol penetraban oblicuos de las juntas del techo como flechas de luz, filtrando el cielo azul. Descendiente por la encima la fruta de la vegetación que se deleitaba de arbustos de bayas criolla y el amaranto que se infiltraban generosa como vástagos de la exuberancia de la naturaleza.

Desde la entrada grande y brillante de la cueva llegaban las llamadas de los pájaros de la cabeza y el cuerpo negro rojo de fuego y otras reflexiones, completamente amarillos o azules y celestes. Otros, sin hacer caso de ellos, se sumergían en un sonido y flotante desafío.

El halcón con el poderoso bateo de alas arrojaba un jefe de caza de espesor de quién sabe qué tipo de mascota desafortunada e incluso mayor envergadura de la majestuosa águila real que gobernaba sin oposición en las rocas áridas de la sierra.

Aquí vivía Don Diago Jorge Romero, lejos de su Toledo natal que con todas las fuerzas que tratan de olvidar juntos los acontecimientos que tuvieron lugar en esa ciudad hermosa y conmovedora.

Jorge había buscado silencio y la soledad, y finalmente, después de un largo peregrinaje a los territorios españoles, sintió que su viaje había terminado. Había descubierto que el paraíso perdido en las montañas, lejos de los hombres y del mundo, que le dio un toque de serenidad, pero que ciertamente

no habría devuelto la paz celebrada perdida de forma permanente.

El cambio para llegar a este lugar aislado fue difícil.

Bandidos codiciosos y sedientos de sangre, no dudaron en cortar las gargantas de los transeúntes sin escrúpulos incautos, para juntar unos cuantos dólares. En un par de ocasiones Romero había llegado a través de esta escoria, y en ambos casos tenía razón, lo que les dejaba un mensaje claro:

«¡Recuerda!», gritó a Jorge a las cortas gargantas «el hombre de la espada tiene que ir».

«¡Sí!», pensó, «Quiero olvidar incluso mi nombre, Diago Jorge Romero ya no debería existir para cualquier persona, ya sea para otros o para mí mismo».

¡La voz se había ido! ¡El hombre con la espada podía pasar sin ser molestado!

Durante su largo viaje Jorge tropezó en movimiento armado en guerra en León y Castilla, con el traqueteo de las ruedas pesadas ruidoso de los carros y los cascos de los caballos. Las armaduras se reflejaban deslumbrantes bajo el sol, la puesta en mostrar sus cascos, petos y grebas de orgullosos soldados. Jorge conocía bien su andar lento que presagiaba una batalla sangrienta.

Con nostalgia y dolor corrió la mirada a su lado, donde la más formidable armas, la espada de acero Damasco reposaba en la “*Vaima*”, la vaina que lo contenía y Jorge volviendo sobre los sucesos recordaba.

Jorge observaba el lento paso del río Tajo que ha rodado con suavidad en las costas de su Toledo. Observó el horizonte, con una clara demarcación entre

el cielo y el mar, al pensar en la creación y los orígenes del mundo.

«Todo tenía que nacer de esa manera», pensó, «el cielo y el mar, la alternancia rítmica de día y de la noche, el reflejo del sol y la calma destella de la luna». El aliento de la vida en la tierra.

Jorge observaba a su ciudad, Toledo.

Maravillosa en el día y especial en la noche. Posada en una ladera envidiable con vistas al Tajo, que brillaba a sí misma en el sol y la luna. Ella, capital de la Península Ibérica, su único hogar, que le había visto nacer y recibió en sus brazos amorosos. Ella sin duda una fuente de inspiración para todos los seres superiores que a todo originó y dio la vida. Ella, la ciudad que amaba más que a sí mismo por la maravillosa variedad de colores, de las poblaciones y formas arquitectónicas.

Toledo había visto al niño, juguetón con amigos, nunca listos para volver en sus casas, en el barrio judío Ibrahim, Ashraf, en la musulmana y Jorge en la cristiana.

Jorge no sabía nada de esa noche lejana, cuando la tormenta rugía imperiosa, con un rayo que iluminaba a día una parte superior del Alcazar.

La flébil figura estaba merodeando en torno al laberinto de calles de la ciudad alta.

Las viejas casas se vieron afectadas por el viento y golpeadas por la lluvia persistente.

La mujer envuelta en un manto amplio y elegante, sosteniendo en sus brazos un pequeño lío protegido por el amor de su madre, de la que se produjo en respuesta al fuerte trueno, gritos agudos. La figura se

situó delante de la humilde casa de Fernando y Ana. El brazo de la mujer, iluminado por el último rayo, se inclinó sobre el manto a llamar a la puerta de la pareja. La puerta se abrió inmediatamente, la estaban esperando.

Fernando recibió el pequeño paquete amable en sus brazos, pasándolo inmediatamente entre los de Anna. Retiró sus manos mientras que la señora le dio la bolsa de monedas que iba a servir el crecimiento del bebé.

La mujer insistió. Fernando tuvo que ceder a la petición de la dama.

Susurró unas palabras al oído de Anna y la figura del manto aleteo, azotado por fuertes vientos, se desvaneció en el aguacero en calles del Alcazar.

Fernando y Ana habían perdido a su hijo, nacido en tan sólo tres días, se lo robó algún tipo de hechizo o maldición. El bebé nació muy saludable, sus trinos presagian un crecimiento sano y robusto. Él se había inmediatamente amantado al pecho de la madre, con hambre, que expresaba un fuerte deseo por la vida.

Ya al día siguiente, sin embargo, el niño había disminuido su vitalidad, sin hacer nada para sujetar el pezón de la madre y luego volver a dormir durante horas.

La preocupación de los dos estaba creciendo y ni había médico, ni tratamiento útil. Vane hierbas de las brujas y magos de fluidos, inútiles y pérdidas en el viento las oraciones. Las lágrimas de Anna fluían lentamente en el pequeño cuerpo del bebé y sus manos se cerraban en la oración para alejar el sueño que estaba terminando en piedad.

Fernando de pie detrás de su esposa y sus puños apretados, pronunció la oración que cada hombre,

frente a la impotencia hacia un destino superior de la condición humana, invoca.

Con voz firme, baja pero de gran alcance, rezado en lengua mozárabe. Él quería encerrar en ella la eficacia de los dialectos romances, el poder de la antigua Roma en los recuerdos de los visigodos y el misterioso poder árabe musta'rab:

*Padre Nuestro que es en ciel*

Anna se unió a él en voz baja

*Santificado siad que lo teu nomne*

Se dirigieron al unísono tomando las manos

*Venya a nos el teu regno*

Fernando bajó acercando su cara a la de Anna

*Fayadse la tua voluntade ansi en la terra como en el ciel*

Hubo una pausa dictada por Anna, sollozo prolongado. Fernando puso su brazo alrededor de su lado para darle su valor

*El nostro pande cada día danoslo ed perdonanos las nostra offensas como nos personamos los qui nos offendent*

La voz de Fernando había crecido en intensidad, y tal vez incluso la ira al pronunciar las últimas palabras

*Non Nos layxes cader in tentacion*

Fernando alzó los puños al cielo y gritó la última frase como un reto para el creador

*¡Ed liberanos del mal!*

*Amén*

El bebé abrió los ojos vacíos al gritar del padre como despertándose de un sueño profundo. Él los mantuvo abiertos por un momento y de repente un temblor corporal le hizo contraer la cara de la misma manera que una tímida sonrisa. La pareja se abrazó a la esperanza alrededor del pequeño, pero el temblor fue el precursor del abandono final.

Anna se echó a llorar, segura de que habría devorado ese inmenso dolor sin tener que volver a la fuerza para vivir. Fernando abrazó a su esposa y se juró que no volvería más a una oración dirigida al cielo, insensible, llevando consigo las almas de los inocentes.

Enterraron el pequeño cuerpo del recién nacido en la tierra que cogió suavemente el regalo inesperado. Lloraron juntos, de rodillas, con Anna que colocó en un lirio el pequeño montículo. Fernando pinchó con rabia en el suelo una rosa de hierro forjado por él como un recordatorio perpetuo de la crueldad de una especie de dios.

Anna trajo la boca hambrienta del bebé al pecho. Los gritos se calmaron inmediatamente.

La estrecha colaboración de muerte prematura en la cuna y la misteriosa llegada de una nueva vida, pasó completamente desapercibida en la gran ciudad que

fue ocupada a otros intereses en su agitado hormigueo. Para todos Diago Jorge Romero fue el hijo del herrero Fernando, nacido del vientre de su esposa Anna.

El niño creció sano y vigoroso, en el amor de Anna que lo envolvía y al lado de la figura sólida de Fernando, brusco pero comprensivo con el pequeño Jorge, severo pero condescendiente, punitivo, si es necesario, pero siempre alentador.

Él regocijaba, sin mostrarlo, la risa y los juegos del pequeño Jorge, ayudándole mientras que tropezaron en sus primeros pasos. Ella lo apoyaba pacientemente animándole cuando trató de escurrirse más rápido que pudo.

«¡Cállate chiquito!» sugirió con amor, «¿dónde curres?».

El descubrimiento del sonido causado por las manitas, por lo fuertes y repentinos, fue imitado por Fernando repitiendo los gestos de su hijo, volviendo niño él mismo. Juntos observaron los ojos muy abiertos, la boca abierta y la imitación de los sentimientos de admiración.

Para Anna esta imagen de la familia era una alegría que devolvía la pérdida padecida. Y los gritos del niño, como una música melodiosa, enriquecieron la pobre casa, convirtiéndola en un palacio principesco.

El maestro Amos, sentado en una gran alfombra, estaba dando su lección diaria para un gran grupo de niños pequeños. Silenciosos, sentados en un círculo y los ojos muy abiertos, seguían atentamente la lección del rabino. Con paciencia y entusiasmo que explica la historia de su ciudad, el cruce de culturas y pueblos. El pequeño Jorge, cerca de Ibrahim, escuchaba con